

Al Baztán y Fuenterrabia por el Bidasoa: logística y placer. 1

La actividad de nuestro Club de Montaña de este pasado fin de semana, por tierras navarras y guipuzcoanas, ha sido un desafío logístico y de coordinación, que debemos tener en cuenta para felicitar a sus responsables, pues las características del conjunto hacían difícil que las cosas pudieran desarrollarse ordenadamente:

- *Más de 30 participantes
- *Recogida de éstos por el bus en dos paradas y horas distintas
- *Incorporación de varios compañeros con sus vehículos propios
- *Dos actividades básicas: senderismo y vía verde ciclista
- *Dos hoteles en localidades distintas (aunque muy próximas)
- *Duchas y aseo final
- *Comidas, con elección de menú en su caso

A pesar de todo y de nosotros mismos, que somos muy "peligrosos", la organización coordinada por Domingo (con una potente hoja Excel) hizo posible el éxito completo: el fin de semana para mí fue redondo y me rindo ante su capacidad de gestión: ¡Enhorabuena porque el resultado fue estupendo!

A las 7:30 del sábado Rosa y yo llegamos al punto de reunión en el Pabellón "Príncipe Felipe" en estos días bajo medidas cautelares judiciales. Las ruedas delanteras de las bicicletas de fueron desmontando y las "máquinas" se fueron alojando con estricto orden en la entrañas del amplio bus de Therpasa. Después de esto, y con puntualidad casi británica, llegamos al segundo punto de incorporación: todo volvió a desarrollarse con orden y finalmente todas las bicicletas cupieron en las bodegas del bus. Aprovechamos entonces para tomar un rápido café, dando algo de tiempo para que Engracia llegase con su "superbici". Revisada por Domingo la larga lista de embarque, arrancamos todos hacia Pamplona con destino a Oronoz-Mugaire, donde se encuentra la entrada principal al espectacular Parque Natural del Señorío de Bertiz (superficie 2.040 Ha.).

Nuestro autobús "*king size*" consiguió entrar y aparcar dentro de la zona correspondiente del Señorío de Bertiz y de inmediato la brigada de montaje puso en orden de marcha las "máquinas". Cuando tras su montaje levantamos los ojos a nuestro alrededor, comenzó el asombro y la "gozada". Un inmenso e histórico cedro del Líbano de más de 100 años, que alguien creyó una secuoya americana, fue nuestra primera vista de monumentales árboles y de un bosque precioso que se extendía ante nosotros.

El día ya dejaba claro que nos regalaría un cielo azul, sol en los espacios abiertos y una temperatura agradable para no pasar frío. Vamos un día de encargo, para redondear un lugar privilegiado y que nuestro ojos pudieran apreciarlo y disfrutarlo mejor. Y hay otra pequeña maravilla casi milagrosa: NO HUBO, QUE YO SEPA, NINGÚN PINCHAZO.

La columna ciclista arrancó para hacer un recorrido de unos 8 kilómetros y con un desnivel total de unos 390 metros. Con esos datos el paseo parecía que podría hacerse sin dificultades para casi todos. Los tres primeros kilómetros fueron prácticamente planos, con un buen firme, lo que nos permitió con un ritmo calmado disfrutar del espectáculo de hayas, robles de todo

tipo (común, melojo o rebollo, albar, etc...), castaños, alisos, fresnos, abedules y arces, es decir, principalmente un bosque atlántico, aunque también hay coníferas típicas, como pinos y abetos, aunque otras singulares y con ejemplares sorprendentes, como secuoyas y cedros. Por si fuera poco, aunque no lo visitamos, el Parque Natural del Señorío de Bertiz tiene un jardín botánico de se formo a mediados del siglo XIX y se amplió por sus dueños a a partir de 1905. Hubiéramos podido ver árboles americanos, como el ciprés de los pantanos (c. calvo) y la araucaria, o asiáticos como el ginkgo y liquidambar, por nombrar alguno.

Tras estos primeros kilómetros perdimos la compañía de Diego y Paco Rivas, que volvieron hacia el inicio del parque y para seguir disfrutando del mismo de otra manera. Nosotros continuamos bajo la sombra deliciosa de nuestra senda ciclable que iba subiendo muy poco a poco bajo las hayas y robles. Los primeros repechos fueron sencillos, tanto por su moderada inclinación como porque el terreno tenía una calidad bastante aceptable. La humedad de suelo en el camino, sin duda por la umbría casi permanente, fue creciendo y del mismo modo la adherencia de nuestras ruedas fue perdiendo poco a poco agarre.

Cuando habíamos completado los cinco kilómetros, y todos vimos que habíamos ganado poca altura, fuimos conscientes de que el desnivel, salvo error de la guía (qué raro sería...), nos esperaba más adelante y así fue. De pronto empezó y de qué manera: los cambios de desarrollo empezaron a enloquecer: desde luego en mi caso acabé con el "platico" y el "piñonazo", tanto por la cuesta, era para "induraines" y "pericos", como por las piedras y el barrillo del camino. Algunos pudimos superar dos o tres rampas pero terminamos echando el pie a tierra por un resbalón, tropiezo, o enganche en el cambio. La cuesta no tenía descansos, por lo que volver a pedalear después de parar y apoyar el pie era casi imposible. Varios de nosotros hicimos "caballitos". Sólo algunos compañeros "supermáquinas", con Domingo a la cabeza, consiguieron subir hasta el final sobre su bicicleta y sin arrastrar la "bike". Unos pocos compañeros de fatigas decidieron dar la vuelta y no terminar semejantes repechones y empezar el descenso por el mismo camino para volver a disfrutar del parque.

Cuando faltaba algunos centenares de metros para terminar el "cuestón inflachulos" todos conseguimos volver rodar y terminar el recorrido ascendente con dignidad hidalga, es decir, montados sobre nuestros "corceles" de pedales. Al final, y con no poco sufrimiento, llegamos a la valla de cierre, la mayoría caminamos más de lo normal para un ciclista. Esto me recordó una frase de Mahatma Gandhi: "**Nuestra recompensa se encuentra en el esfuerzo y no en el resultado. Un esfuerzo total es una victoria completa**".

Saltamos la valla y pasamos la "bicis". Ví un letrero que denominaba a aquello "*Infernuko erreka*", algo así como "Regato o arroyo del infierno". Hicimos una pequeña parada para beber y comer alguna cosa menuda, con un sol estupendo y fuera ya del bosque. A cincuenta metros de la valla discurría una pista de hormigón. Quienes habían estudiado el recorrido vieron que había una posibilidad de volver a las puertas del Parque de Bertiz por otra ruta con un descenso vertiginoso por esa pista-carretera (NA-4453) que debía tener nulo tráfico rodado.

Tomamos esa vía con un llaneo y pequeños mínimos desniveles hacia arriba, cuando cerca del comienzo del gran descenso nos cruzamos con una excursión con 4 o 5 Quads, que afortunadamente aminoraron la marcha. A partir de ahí una bajada severa, con curvas buenas

y menos buenas. La velocidad punta estuvo por encima de los 50 km/h y los frenos de nuestras máquinas se pusieron a prueba de verdad. El tráfico fue poco, es cierto, aunque nos dio algún susto, especialmente dos cerdos sueltos (uno casi negro y otro marrón) que estaban comiendo por la orilla de la carretera las castañas y bellotas caídas. Tras 20 curvas más o menos llegamos abajo a la carretera de verdad, la N-121-B, para tomar poco después una vía auxiliar y entrar ya en Oronoz-Mugaire.

Parada y fonda. Nos reunimos con los otros compañeros de esfuerzo ciclistas que ya había comenzado a comer y regar sus gargantas con sidras, cervezas y otros bebedizos. Lo cierto es que copamos la terraza de Asador Urgaín pero todo estuvo bien y comimos con tranquilidad. Un poco más tarde llegaron los senderistas, que había hecho un recorrido de unos 12 kilómetros por dentro del Parque del Señorío de Bertiz.

A los “ciclolaris” nos quedaba el pequeño recorrido hasta Elgorriaga y nuestro Balnerario-Hotel. El tramo era sencillo pero las dificultades siempre se esconden en lo simple: no sé que pasó, o se perdió el grupo o se perdieron Pedro y Juan. Llamadas telefónicas, silencio y continuar, fue lo que nos tocó. Nadie se había perdido, sólo que habían ido por otro camino. Llegamos a Donezteve y dimos una pequeña vuelta por su casco urbano para disfrutar de su hermosas y típicas casonas vasco-navarras. El grupo siguió por el trayecto final del sendero ciclable junto al Bidasoa, ya de nuevo con Juan y Pedro. En 2 kilómetros, con toboganes seguidos, llegamos a Elgorriaga y poco después al Hotel, a las afueras del pueblo. Recogimos las “máquinas” en las entrañas del hotel y tomamos posesión de nuestras habitaciones. También fueron llegando los “versos sueltos” con sus propios coches.

Del día quedaba aún algo muy singular, al menos para mí, como fue el baño en las instalaciones balnearias de agua saladísima y con todos sus chorros, chorrazos, chorrillos, chorretes y burbujas. Es cierto que el agua estaba caliente y por salada flotabas bastante, pero no pocos probamos el “frigidarium” o piscineta de agua fría que, por contraste, casi te cortaba la respiración. Después de esto hubo más: el “Flotarium” una salmuera con todavía bastante más sal que la piscina principal (¡qué sensación!); también la sauna seca, el baño turco de vapor, hamacas calientes, duchas de todo tipo para quitar la salazón de nuestros cuerpos (para entonces ya gloriosos) y finalmente la piscina de agua dulce. Creo que todos disfrutamos de esta relajante actividad complementaria.

Tras un rato de descanso (cada “mochuelo en su olivo”), a cenar todos juntos y dar cuenta de buffet, que no era amplio pero se dejó comer y beber. Algunas copas, cafés y carajillos coronaron un día perfecto: paisaje inigualable, sol y buen tiempo, buena compañía, el baño, la ducha, la cama y “el ...yes, very well”. Y para el final un proverbio en euskera que dedico a los responsables de esta gozada de excursión: *Garaipena, neke askoren ondorena (La victoria o el éxito, el final de muchos desvelos.)*.

Daniel Bellido.